

Cuentos en la oscuridad

Elvira Lindo

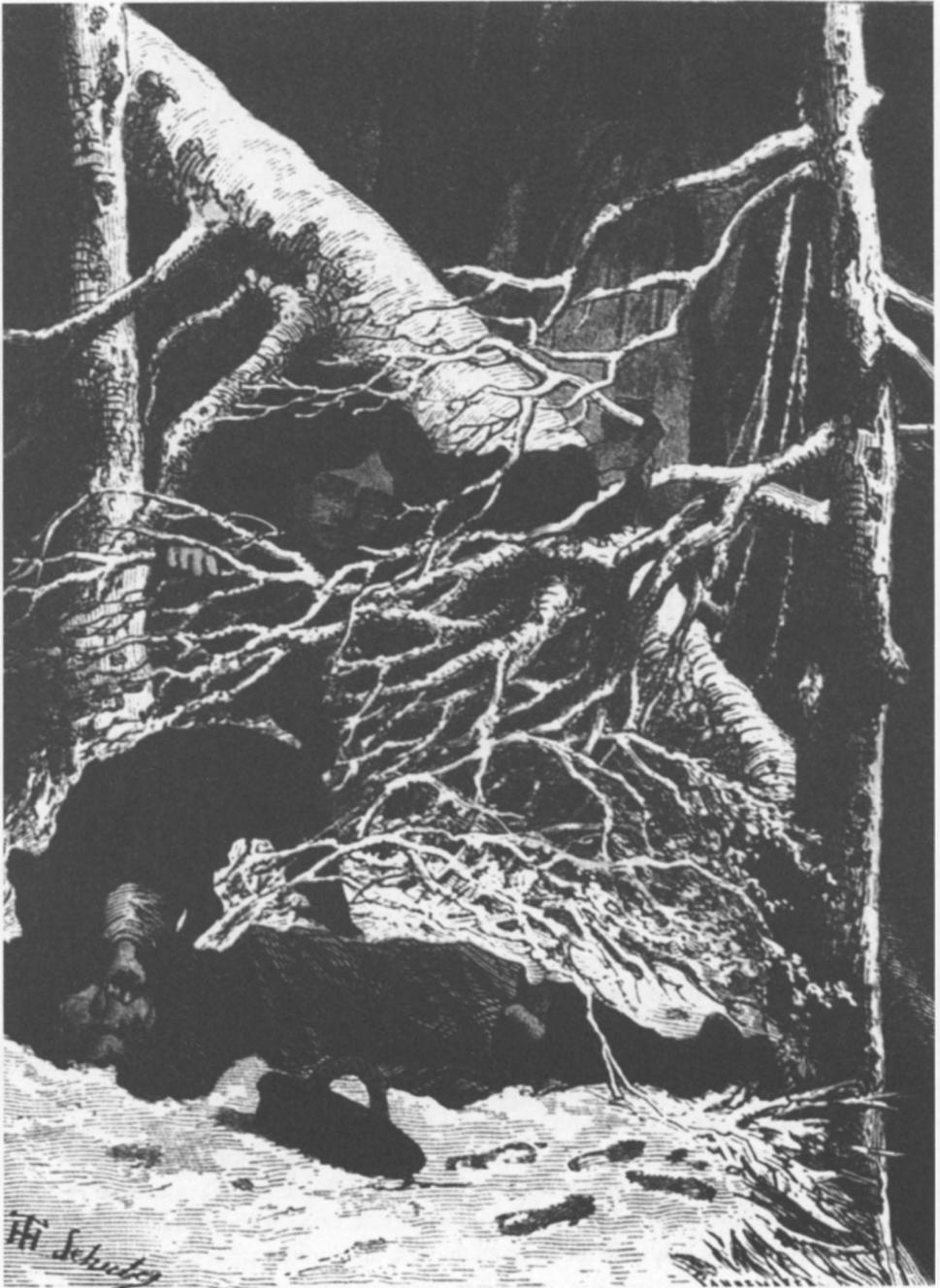
La oscuridad de ahora no es como de antes, como la de nuestra infancia, esa oscuridad espesa en la que ni uno mismo existía. Recuerdo haber levantado la mano delante de los ojos abiertos para comprobar cómo, aún acercándola mucho a la cara, era imposible distinguir la más leve sombra de los dedos. Seguramente fuera debido a que la luz que había en la calle a la que daba la casa de mi abuelo era muy pobre y a que las contraventanas del balcón eran de madera, pero para mí, esa negrura absoluta ha quedado como el color rotundo del frío y de mi imaginación infantil. Oscuridad total, sin nada que ver, ni tan siquiera la sombra del armario de luna que me daba tanto miedo porque pensaba que algún día vería reflejada la cara de un muerto, ni el tocador donde se guardaban las joyas pobres de mi tía, las perlas Majórica, los dos o tres anillos de oro que había ido reuniendo durante toda una vida de soltera y la colonia Joya, que a mí me parecía algo importante porque llevaba las letras de su nombre, Joya, escritas en mayúsculas doradas, ni la mecedora, ni el mueble del lavabo, que no se usaba ni se apreciaba aún como antigüedad. Una oscuridad de ciegos, aunque, como nos dijo una noche mi tía, para los ciegos no existe ni el negro, ser ciego es como meter una mano en una habitación: lo que veáis con la mano, eso es lo que ve un ciego.

A las personas mayores de mi infancia no les importó nunca meternos miedo; es más, el miedo estaba presente en casi cualquier pequeño acto de la vida, sobre todo para los niños que le añadíamos al miedo nuestra inocencia, el creernos las amenazas más tremendas y fantásticas. El miedo se utilizaba como castigo. Si hacías algo mal, te amenazaban con dormir solo esa noche; si llegabas tarde, después de que oscureciera, te advertían que te anduvieras con cuidado, porque el hombre del saco empezaba su siniestro paseo a la caída de la tarde y todo aquel niño que deambulaba por ahí a lo tonto, sin su madre o sin tener un recado que cumplir, se convertía en presa fácil de ese hombre alto, que vestía un gran abrigo. Era un individuo de aspecto en principio normal hasta que lo mirabas a los ojos: entonces veías la fiera que había en su corazón. Muchos años después, cuando tuve la oportunidad de ver *La noche del cazador*, me encontré con la imagen exacta que me habían construido o

que yo misma me había hecho del hombre del saco, ese hombre que estuvo a punto de meterme en su saco de arpillera una noche en que me perdí en las calles laberínticas del pueblo de mi madre. Afortunadamente, cuando yo ya había desistido de seguir buscando el camino a casa y me había sentado en una fuente, llorando pero también resignada a ser víctima del destino fatal del que tantas veces me habían advertido, una buena mujer me vio, me secó las lágrimas y me sacó de aquellas calles desconocidas, que aún recuerdo con tanto pavor como el bosque en el que eran abandonados los niños de los cuentos.

El miedo era un castigo, pero también era un premio. Cuando llegaba la noche, dos o tres niños de los muchos que dormíamos en la casa de mi abuelo por vacaciones de Navidad nos metíamos en la cama al calor de alguna de las tías. Normalmente las tías que dormían con niños pequeños eran solteras o viudas. A mí me parecían muy mayores, pero no debían de tener más que cincuenta años, aunque ya habían adoptado el aire abandonado de las señoras de edad y también se habían contagiado de las formas de hablar y de cantar de las abuelas que pasaban su vida en la iglesia, con lo cual sus voces, más que pertenecer a la vida real, se habían impregnado del tono de las beatas, de sus cuchicheos en las novenas a María, en los rosarios, de las canciones de iglesia, las risas en los juegos de cartas sólo para mujeres y los seriales radiofónicos con los que lloraban casi con tanto sentimiento como lloraban a sus muertos. Ellas eran las que contaban los cuentos y eran, sin duda, las que mejor los contaban, porque habiéndose perdido la juventud a causa de la soltería o de la viudedad, y viviendo, como vivían, sin trabajar, relacionándose sólo con amigas que se encontraban en su misma situación, se habían hecho abuelas de sus sobrinos casi sin haber vivido el esplendor de la madurez de una mujer, y tenían algo infantil y muy artístico a la hora de contarnos historias, como si carecieran de ese pudor que podían tener nuestros padres, que andaban inmersos en una vida mucho más real.

El miedo era el premio que nos daban; porque el miedo siempre estaba presente en los cuentos nocturnos. Siempre eran los mismos cuentos, los que se sabía todo el mundo, aquellos que ellas habían aprendido en su niñez, pero además de la solidez argumental de los propios cuentos, que aguantaban miles de versiones sin perder su belleza y que incluso podían ser contados por alguien aburrido sin borrar del todo su atractivo, la historia se sostenía en gran parte por la gracia que ellas le daban a la hora de contarla. No creo que mis tías leyeran demasiado, y sin embargo poseían la magia de administrar la intriga de la narración de tal manera que todas las noches nos hacían contener la respiración, cosa sorprendente si se tiene en cuenta que nos sabíamos el cuento de memoria. Y como en aquella oscuridad de antes nuestros ojos sólo podían apreciar la espesura negra, toda la representación de aquellas fantasías que nos susurraba la voz antigua de la tía se producía de puertas adentro, en la mente, donde dibujábamos las caras y los paisajes, y en el corazón, que a veces nos latía con fuerza y otras hasta parecía que se paralizaba y que dejaba de latir.



Los cuentos de mis tías, imagino que casi todos los que se contaban por entonces, estaban llenos de niños hambrientos, de bosques, de madrastras y de padres sin carácter que prefieren perder a sus hijos antes que imponerse a su perversa esposa. Cuentos de hambre, de noche, de frío, de bosques que se tragaban a los niños, de casitas a los lejos en las que brillaba una luz que parecía anunciar calor y esperanza y a veces sólo era el presagio de un nuevo y terrible mal: la bruja.

Recuerdo que había un cuento que a mí me provocaba una especial desazón. Se trataba de un matrimonio muy pobre que se quería mucho. Un día se veían recompensados con la llegada de un hada madrina. El hada les concedía tres deseos y luego desaparecía, dejándolos con una gran promesa de felicidad y también con terribles incertidumbres, porque, ¿por dónde empieza a pedir aquel que no tiene nada? En el matrimonio, que jamás había discutido, al vislumbrar la posibilidad de futuras riquezas, empieza a despertarse el sentimiento de la codicia. Discuten sobre cuáles han de ser los deseos que van a pedirle al hada. Hasta tal punto llega la discusión que el marido le grita a la mujer que desearía que la nariz se le convirtiera en una morcilla. De pronto, el deseo se hace realidad y la pobre mujer, en vez de nariz, tiene entre los ojos una gran morcilla. Indignada, le grita al marido que desea que todas las sartenes de la cocina le golpeen en la cabeza. Aunque él se tapa la cabeza con las manos no puede zafarse, y las sartenes le dan una gran paliza. Después de la pelea los dos se quedan mirándose, llorosos. Intentan reconciliarse y pensar en el tercer deseo, pero la mujer le confiesa que, más que cualquier riqueza, lo que desea es volver a tener su nariz de antes. El marido está de acuerdo en que así sea. Se vuelve a aparecer el hada. Ellos le piden que les dé una nueva oportunidad, pero el hada les dice que ya tuvieron tres y que las perdieron, que se dejaron llevar por la avaricia. Es un ejemplo de la poca piedad que a veces había en los cuentos tradicionales, pero también es un ejemplo de cómo las historias, cuando son buenas, nos dejan una inquietud en el pensamiento, como si quisiéramos desentrañar el misterio del cuento aún después de que el cuento se haya acabado.

En los cuentos habían ricos y pobres, casi nunca existía el término medio. Pobres que querían hacerse ricos, ricos que querían ser más ricos todavía. Tal vez porque esos cuentos nacieron de la época en la que no existía la clase media y sólo un milagro podía salvarte de tu destino. Están llenos de milagros, de personajes diminutos que con su ingenio pueden derribar a los que tienen una fuerza bruta invencible. También están llenos de niños, de niños pobres a los que sus padres abandonan en un bosque. Es curioso que el abandono venga casi siempre propiciado por la madrastra, que le calienta la cabeza al buen padre para que sacrifique a los niños a los peligros de la noche y el frío, pero parece más que probado que fue en una época más reciente cuando se incluyó el papel de la temible madrastra, porque en las versiones antiguas es la propia madre la que idea esta cruel manera de eliminar unas cuantas bocas hambrientas de la casa. Estas historias estaban adornadas por cancioncillas siniestras que

nuestras tías interpretaban con voz infantil o por frases que recitaba varias veces en el cuento alguno de los personajes: «Garbancito, ¿dónde estáaaas?». Y si había algún susto en el transcurso del cuento, nos lo aumentaban tomándonos de pronto una mano o dándonos un empujón inesperado. Al acabar la historia los niños estábamos más que pegados al camión de la tía, y es curioso cómo ella, después de pronunciar el «colorín colorado», se sumergía casi inmediatamente en las profundidades de un sueño adornado por grandes ronquidos, y nosotros todavía seguíamos un rato temiendo que nuestra propia vida se llenara de aquellos enanos tiránicos, madrastras malvadas y hombres del saco. Es más, podíamos dormirnos con la sospecha de que en aquella habitación, ocultos gracias a aquella furiosa oscuridad, se encontraban esos seres, para nosotros tan reales en aquel momento como nuestros padres, que dormían en la habitación de al lado. Estaría el enano saltarín columpiándose en la mecedora y el hombre del saco mirándose los ojos en el espejo.

Los cuentos estaban llenos de miedo, más aún porque se contaban por la noche, más aún para los niños que los oíamos en esas casas tan grandes de los pueblos, en las que había tanto espacio para los espíritus. Crecí envuelta en ellos, en los espíritus, y a veces esos fantasmas eran los propios muertos familiares, que también aparecían en las anécdotas que contaban nuestros mayores y poblaban todos los rincones de la casa con su presencia, con sus olores antiguos que nunca acababan de irse y con los objetos que llevaban tantos años atestiguando que hubo otros antes que nosotros.

No intento esbozar ninguna teoría sobre los cuentos que me contaron, sólo expresar que los disfruté y los padecí, y también que creo que no habría habido disfrute si no hubiera habido padecimiento. No cambiaría ni una coma de aquellas historias que me crearon un mundo imaginario en el que cabían los grandes sentimientos. Todos. De la misma manera que había noches en que tocaba morirse del susto, otras tocaba morir de risa, porque aquellos personajes se tiraban pedos y hablaban del culo y esas cosas que tanto les gustan a los niños. Algunas veces el miedo era tan grande que te daba la risa nerviosa para poder contrarrestarlo. Esos cuentos hablaban de sentimientos reales en mundos a veces fantásticos y nos preparaban sabiamente para nuestro encuentro con la literatura. Los que luego nos hicimos lectores nunca hemos perdido el recuerdo de aquellas voces que ahora parecen de otra época, y aquellos a los que después no les interesó la lectura han conservado aquel recuerdo que siempre alimentará sus miedos futuros, su sentido del humor y su imaginación. Ahora pienso que los cuentos que nos contaron bajo el manto de aquella oscuridad nos proporcionaron el primer aprobado en lo que iba a ser nuestro mundo íntimo, el que nadie puede violar, el mundo de los sueños.

Sólo han pasado treinta años desde que yo los escuchaba, pero es probable que en treinta años haya cambiado mucho la vida de los niños, sus deseos y la forma en la que nosotros enriquecemos su imaginación. Es posible que entonces estuviera tocando a su fin un mundo mucho más inocente. Nosotros, niños que no habíamos pasado ham-

bre, habíamos oído hablar muchísimo de ella. Sí que sabíamos en cambio lo que era el frío, porque nuestras grandes casas de pueblo nunca llegaban a calentarse en todo el invierno, y sí que sabíamos lo que era la oscuridad, tan negra que no te dejaba ver ni tu propia mano infantil delante de los ojos.

Todo lo que he escrito y pueda escribir está contenido en aquellos cuentos: la capacidad del ser humano para amar y para ser cruel. Y a aquellas historias maravillosas hay que sumarles un factor muy especial: que fueron escuchadas por una de las niñas más inocentes y más impresionables que he conocido, yo.

En casa de mi abuelo se contaba que una vez, en el cine del pueblo, tuvo que salir un propio para decirle al público: «THE END», porque, al no haber aparecido al final de la película, el público asistente no la daba por terminada. De la misma manera, hasta que mi tía no decía las palabras de rigor, nosotros no nos dábamos por satisfechos:

*Y colorín colorado:
este cuento se ha acabado
y el que no levante el culo
se ha cagado.*

Como yo era la más chica, los otros se apresuraban a levantar el culo y a mí me dejaban a codazos sin poderlo alzar. Mi hermano decía: «Es la gorda, es la gorda, la que se ha cagao». Menos mal que mi tía, maternal con los más pequeños, les hacía bajarse a todos para que yo lo levantara. Ella sabía que era la única manera de que no me pusiera a llorar.

Elvira Lindo

Ilustración de Théophile Schuler